

Título	ACERCAMIENTO AL CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS DE MIGUEL HERNANDEZ
Autor/a	Odón Betanzos Palacios
Publicación/Institución	Gaceta Iberoamerica
Dirección Web	<a href="http://gacetaiberoamericana.com/Issues/VolXINr5/lit2.html">http://gacetaiberoamericana.com/Issues/VolXINr5/lit2.html</a>

**H**ay, existe, en el Cancionero y romancero de ausencias, de Miguel Hernández, un aspecto que, a nuestro juicio, no se ha estudiado bastante y es, su capacidad de sufrimiento. El morir diario ya de por sí es bastante para aniquilar a un hombre y mucho más si ese hombre es un poeta. Esa inclinación por la muerte, esa visión y concepción de la muerte desde que empezó a sentir, esa predisposición, presentimiento de muerte que le acompaña, va más allá de su propia persona. La capacidad de sufrimiento lo hace dilatarse, extenderse y sufre y muere cuando piensa en el sufrimiento que tendrá una tercera persona, muere con el dolor de la familia que pierde un hijo, sufre con la tragedia de un pueblo y muere con la muerte de cada una de sus partes.

El símbolo de sangre en Miguel, corriente hacia la muerte, viene a medirse en un triángulo donde están las sangres del poeta, la esposa y el hijo muerto. El hijo muerto, casi esperanza ese hijo en su propio vivir, lo hirió en las fibras más hondas de su ser. Una y otra vez va a su senda y va por la vida, por la muerte, por la imagen, por la huella, por la lluvia, por el roce: "Llueve sobre el tejado/ como sobre una caja/ mientras la hierba crece/ con mi joven ala./ Las gramas, las ortigas/ nutre una misma savia".

El poema 57 del Cancionero, es de dolor intenso. No vio morir al hijo, pero sí vio cuando lo enterraban. "Era un hoyo no muy hondo,/casi en la flor de la sombra. Hasta la casa, vacía por la muerte del hijo, va siendo reflejo de la muerte: "La casa va siendo un hoyo". La muerte con su pena, lo cubre todo, ambiente, recuerdo, mirada. Si le canta al hijo primero con palabras de albos, "fue la primera vez de la alegría,/ la sola vez de su total imagen", es para volver, en seguida, por sus pisadas y mostrar en todo su dolor la suerte del niño: "Pero es una tristeza para siempre,/ porque apenas nacido fue a enterrarse".

La nana-cuento, "El pez más viejo del río", escrita en la prisión de Conde de Toreno, es un alivio en el paso del dolor que es el Cancionero... No es total alivio porque está presente Jorge Manrique con su camino de muerte que es el mar pero es de las pocas donde aparece el verbo reír: "Reiste tú junto al río, niño solar...". Este poema va al hijo nuevo y si es de ilusión al menos es de esperanza. Al hijo nuevo va también el poema 55 Viene a ser un rayo de luz en tanta tiniebla, dolor y desolación. Reencarna al hijo muerto en el nuevo. Es un poema tierno, de sangre abierta y de pulso amante: "Eres mi ser que vuelve/ hacia su ser más claro".

Esa insistencia hacia el hijo ido para siempre a la muerte, visto, medido y recordado desde tanto ángulos, viene de nuevo a su memoria en el poema 85:

"Llueve como si llorara/ raudale un ojo inmenso,/ un ojo gris, desangrado,/ pisoteado en el cielo. Llueve sobre tus dos ojos,/ negros, negros, negros."

Cuatro son los poemas de guerra en el Cancionero: "Tristes guerras" (90), "Déjame que me vaya" (91), "Todas las madres del mundo" (92) y "La vejez de los pueblos" (93). "Bocas de ira" (46), que Concha Zardoya incluye entre los de guerra lleva, creemos, otras vertientes. Esa guerra que siente y escribe en este libro es una guerra pasada por la tristeza. Es la tragedia de las muertes, el duelo de las almas, los filos de la sangre: "Tristes guerras/ si no es amor la empresa./ Tristes, tristes", dice en el poema 90. El 92 es de brío: recio, duro, fuerte como la metralla, duro y recio como las piedras. Usa substantivos de poder y empuje: "Bocas como puños vienen,/ puños como cascos llegan./ Pechos como muros roncacos,/ piernas como patas recias". Al final el poema viene a su realidad, a la muerte prevista, a la sangre derramada, al ángulo de martirio de todas las guerras.

Los poemas de cárceles duelen en todas direcciones: en el alma, en el gesto, en el cuerpo, en la mirada. Un hombre hecho para medirse con la libertad reducido a las miserias de cuatro paredes; un corazón hecho para amar, con rejas y cerrojos. El "Ultimo rincón" es para el poeta, "rincón para el sol más grande,/ sepultura de esta vida/ donde tus ojos no caben". En ese pozo negro de soledad e injusticias se muere el poeta sin libertad, sangrando de amor.

"Antes del odio", poema 98 y final del libro es, a nuestra manera de ver, el mejor de la colección y uno de los mejores de la obra hernandiana. Aliento dolorido, penas entrecruzadas, corazón sufriente, guardador del beso y la semilla. Tiemblan las palabras de tanto peso, de tanto sufrir en su mensaje. Se humanizan las sensaciones, se acarician los ecos, sangran las esencias: "amor, tu bóveda arriba/ y yo abajo siempre, amor,/ sin otras luz que estas ansias,/ sin otra iluminación". Mírame aquí encadenado,/ escupido, sin calor/ a los pies de la tiniebla/ más súbita, más feroz,/ comiendo pan y cuchillo, como buen trabajador/ y a veces cuchillo solo/ sólo por amor".

Presente están en este libro muchos de sus símbolos: Sangre, viento, hoyo, cuchillo, vientre, piedra, espada, olivo. Es significativa la ausencia de toro, símbolo de fuerza, y de muerte segura. Tampoco utiliza barro, material con que se fabrica la semilla humana. Están, sí, todas las voces que limitan la vida o señalan la muerte: acechar, hachas, cuervo y de una forma insistente, cárceles y cementerio.

En cancionero han quedado separadas todas las influencias recibidas. Las comparaciones de este libro son sencillas, hiladas en alma; lo cósmico y astral entran en el devenir humano; lo retórico se depura o desaparece. El léxico es agreste y confidencial o por mejor decir, confesional; la anáfora de suaviza; un realismo crudo y descarnado impera; las interrogaciones directas a su alma, se multiplican; las antítesis son muchas; el paralelismo y la correlación se usan con medida responsable; la substantivación marca los perfiles del verso; la imagen es,

por lo general, suprarreal y agrupada; el estilo dinámico crudo, sobrio, doliente y enterizo. Estos poemas cargados de emoción van derechos a las almas, a pesar de no haber sido escritas para nadie y sí para dar salida a los dolores del poeta.